

LA CONVERSIÓN ECOLÓGICA EN LAS NUEVAS GENERACIONES Y TODAS LAS DEMÁS

P. Sergio Montes, SJ*

Resumen:

La encíclica *Laudato Si* es un llamado fuerte y exigente para que todos y todas los habitantes de la Casa Común nos atrevamos a vivir una conversión ecológica integral. El desafío es para las generaciones presentes pues de no asumirlo se compromete el futuro de las generaciones futuras. En el escenario de una crisis de humanidad, cambio de época y revisión de paradigmas las Nuevas Generaciones de la VC están llamadas a asumir el rol profético del cuidado de la creación atendiendo a uno de los factores determinantes para la crisis ecológica: la crisis de relaciones y la inversión de medios y fines. La sabiduría y también el compromiso de otras generaciones de VC debe acompañar y el camino de las NG.

Al inicio de la encíclica *Laudato Si* (LS), se nos recuerda que estamos asociados a la tierra desde el momento mismo de los orígenes; que en definitiva, nosotros, participamos de los elementos que constituyen el mundo y que por esa misma razón nuestro vínculo con toda la creación es constitutivo y no meramente accidental (LS, 2). Somos tierra, somos

* Jesuita, actualmente reside en La Paz. Es superior de la comunidad san Calixto y director de la Agencia de Noticias Fides (ANF). Colabora con la Comunidad de Vida Cristiana (CVX) como asistente eclesialístico nacional. Participa del ETAP desde noviembre de 2009; durante este período acompañó a la Comisión de Nuevas Generaciones de la CLAR.

barro, como se plantea en Gn 2, 7 por tanto nuestro pasado, presente y futuro está ligado al de la naturaleza y la creación.

Lo que arriba se afirma, es parte de nuestra profesión de fe en la creación, es preciso tenerlo presente, a la hora de comprender el conjunto del mensaje del papa Francisco, en la mencionada encíclica, así, como el planteamiento vital que hace a la Iglesia (también en *Evangelii Gaudium*) y a las diversas sociedades para atender a la bondad y belleza de la creación, como también, a los graves daños que le ocasionamos.

Resulta imperativo, por tanto, comprender la reflexión de la LS, como una invitación a la “conversión ecológica integral” que apunta a un efectivo cuidado de la Casa Común, nuestra Tierra, de la que somos parte y con la que tenemos responsabilidad de futuro.

El punto de partida

Un primer elemento a la hora de reflexionar sobre la llamada a una conversión ecológica, es darnos cuenta de qué está sucediendo y por qué deberíamos convertirnos. Sin ánimo de simplificar,

pero para no detenernos en cada una de las causas y consecuencias del actual deterioro de la naturaleza y la crisis ecológica global, quisiera plantear un elemento que considero es muy importante a la hora de comprender lo que está sucediendo y a dónde nos está llevando.

Se podría señalar que, dentro del proceso de crisis global por el cambio de época, un factor determinante es la crisis de relaciones en el mundo, por el deterioro en nuestra imagen de Dios, de la humanidad y de la naturaleza, como también por la inversión de la relación medios-fines.

Considero que ése es un punto de partida válido para reflexionar acerca de lo que nos tocaría hacer, de cara a la construcción de un nuevo paradigma de civilización y para generar opciones de futuro a las generaciones que vendrán.

Los avances, cada vez mayores, más amplios y veloces, en diversos campos del conocimiento y actividad humana, como son la tecnología, la economía capitalista de mercado, la sociedad de consumo, la cultura del bienestar narcisista o las políticas de segre-

gación y control del orden mundial no son precisamente los caminos que nos permitan un desarrollo armónico con toda la creación; al contrario, son los elementos que, por un enfoque equivocado, están generando mayor daño al mundo y a la humanidad.

No se trata, por tanto, de renegar de las ventajas y virtudes de la tecnología o del mercado, de ciertas formas de cuidado y atención a lo individual, o del valor de la construcción de una sociedad más amplia y global: de lo que se trata es, de examinar críticamente si aquello tiene o no fundamento en relaciones auténticas, fraternas, armónicas, justas y de bien común.

Los pasos agigantados de parte de la humanidad, iniciados con la revolución Industrial hace dos siglos se han visto sucedidos por la carrera acelerada de la revolución tecnológica, de la que va acompañada el cambio de época. La velocidad con que esos cambios se dan, nos lleva a confusión y no siempre podemos percibir su bondad o sus defectos, sino que somos absorbidos por la corriente, más allá de nuestra decisión voluntaria. En ese ritmo frenético no está siendo posible detenernos

a reflexionar sobre el curso de las relaciones que nos constituyen.

La imagen de Dios y la labor de las religiones en el mundo se va difuminando o construyendo al antojo de las necesidades. El Dios de Jesús del cristianismo, muchas veces, es percibido sólo como un ídolo al que se recurre para lo que no puede resolverse mediante nuestros esfuerzos humanos y deja de ser el Dios creador, Mamá/Papá de todo el universo, el que nos forma y cuida con un amor tierno (Cf. Jer. 1, 5; Sal 139, 13.16; Is. 49, 1.5.15-16) y apasionado. En ese sentido, es fácil dejar de ver a Dios como el autor de la naturaleza y de la humanidad, dejar de relacionarnos con él, pues es algo ya superado por la razón moderna y la ciencia, la tecnología o las nuevas realidades creadas por la sociedad de consumo.

El Dios de nuestros padres no es Alguien con quien relacionarse, que da sentido al mundo, que participa de nuestras contingencias en la historia o que ama profundamente a su pueblo, porque conoce a cada uno por su nombre, en sus luchas y fracasos, en sus alegrías y pesares. En el mejor de los casos, incluso en algunos comportamientos de los creyentes,

el Dios revelado en Jesús de Nazaret, se convierte en un objeto útil para resolver problemas y dificultades que la humanidad aún no logra resolver. En ese sentido, nuestra relación puede ser fría, distante, tibia, acomodada, interesada, o lo que es peor: que Dios sirva al capricho de mi voluntad, disfrazada de falsa piedad y modas religiosas gratificantes.

A lo largo de siglos pudimos llegar a creer que Dios nos dio esta “Casa común” como un botín para ser saqueado, explotado, aprovechado sin contemplación, a la cual deberíamos dominar para afianzar nuestra posición en el mundo. Una idea de este calibre, no solo ha pervertido nuestra relación con la naturaleza, sino que, nos ha llevado a considerar que somos sus amos absolutos y únicos, a su vez, nos ha conducido a marginar al Dios Creador de la Vida, y colocar a la humanidad en su lugar, hasta que éste desaparezca, pues resulta innecesario e inútil.

Esa distorsión sobre relación e imagen de Dios, la manera como nos vinculamos con la naturaleza y los otros seres humanos, está a la base del desastre ecológico del que participamos. Sin una re-

lación de amor y gratuidad con Dios, éste se vuelve producto de un cálculo de costo-beneficio, en el mejor de los casos.

De la misma forma, hemos convertido nuestra vinculación y relación con los elementos naturales, con los seres vivientes, que son parte de esta creación buena y bella, en una suerte de relaciones de uso y explotación, de abuso y comercio, sin reconocer que también tienen una dignidad propia y que merecen cuidado y respeto. Una cosa es que sean obras de la creación que nos sirvan para vivir, y otra muy distinta que las consideremos nuestras, como propiedad exclusiva de algunos cuantos, ricos y poderosos.

Por otra parte, de igual manera podemos advertir que las relaciones con la naturaleza y sus elementos, el agua, el aire, los bosques, los ecosistemas, el clima, etc. están en franco deterioro, pues la humanidad (una parte de ella al menos) considera que para su supervivencia, es necesaria la extracción a toda costa de sus recursos, sin importar lo que esto ocasione o dañe. La explotación de los bienes de la naturaleza ignora, pretendidamente, todo debate sobre el bien común,

pues el deseo de riqueza y poder es mayor y nubla la visión de la realidad. El papa Francisco llama poderosamente la atención sobre aquellos líderes políticos y de la economía mundial que no llegan a acuerdos efectivos porque no les interesa.

Si nuestra relación con la naturaleza y con Dios está dañada o deteriorada, también lo estará, la armonía en la relación con los demás y con uno mismo. No parece bastar la explotación de los diversos ecosistemas presentes en esta Tierra, sino que además, para conseguir mayores beneficios y ganancias se explota a la mujer y al hombre, negándoles la dignidad que les pertenece y convirtiéndolos en objeto de uso, comercio y explotación. No solo la imagen de Dios se va corrompiendo sino también la de nuestras hermanas y hermanos, pues no los vemos como tales. Las formas sofisticadas con las cuales hoy se valida la cosificación de la mujer, la explotación laboral de niñas y niños, el tráfico humano y toda forma de dominación de una persona sobre otra, son manifestación patente de unas relaciones que conciben a los seres humanos como objeto, mercancía o inferiores a uno mismo.

La propia relación con nosotros/os revela signos de deterioro, crisis, que afectan necesariamente a la ecología global. La visión negativa sobre nuestro propio cuerpo y la falta de un cuidado adecuado, sin exageraciones ni maltrato, por seguir modas pasajeras, la poca capacidad de interioridad y de reflexión de lo que somos y hacemos cotidianamente como seres sociales, el descuido en la alimentación sana, los excesos en el consumo de todo tipo de bienes, son apenas unos cuantos elementos que nos hablan de los desórdenes en las relaciones propias.

Finalmente, a todo este panorama, que es ampliamente expuesto en LS y EG por Francisco, para que comprendamos la profundidad de la crisis global que vivimos, es preciso añadir que vivimos una inversión entre medios y fines. Consideramos, muchas veces -incluso siendo creyentes-, que determinados fines son absolutos o, por otra parte, tales o cuales medios en realidad son lo que busca y anhela nuestro corazón, como un fin en sí mismo.

El trabajo, el dinero, la profesionalización, el sexo, la tecnología, el éxito, la imagen personal

y otros muchos, en un mundo globalizado y en crisis de humanidad, se convierten en los fines por los que vivir y los que otorgan por sí mismos la felicidad. Los medios toman el lugar de los horizontes de sentido y los objetivos amplios de la vida como la justicia, el amor, la felicidad, el bien común quedan en segundo plano o se desdibujan del horizonte. En ese universo, la fe en el Dios de Jesucristo, parece ser un elemento más entre otros y no lo central ni lo que ordena nuestras relaciones y el vínculo de los medios que permiten alcanzar determinados fines.

Hoy estamos ante la llamada urgente de una real y efectiva conversión ecológica, porque ante lo que nos enfrentamos es al no-futuro, a la imposibilidad material de heredar un mundo sostenible en el tiempo a las generaciones que vienen. La clave está en el camino que emprendemos, para que sí haya un futuro y no emprendamos otro de no retorno.

El camino a recorrer

Una conversión ecológica integral parece ser el camino que acompañe los procesos y acciones a favor del cuidado de la “Casa

Común”. Tal como plantea el papa Francisco, son necesarios diversos diálogos que se traduzcan en políticas, líneas de acción concretas y eficaces, así como, una nueva conciencia ecológica (LS 163ss).

Además, se precisa de una educación y espiritualidad ecológicas, porque “Muchas cosas tienen que reorientar su rumbo, pero ante todo la humanidad necesita cambiar. Hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos” (LS 202).

En este sentido urge un cambio en el estilo de vida actual de la humanidad, en general, ya que determinadas prácticas, convicciones y criterios son la causa de una forma de vivir tóxica para la creación en su conjunto y la responsabilidad primera y última la tiene la humanidad.

En líneas generales se propone una conversión ecológica integral, principalmente a los creyentes en el Dios de la Vida “que implica dejar brotar todas las consecuencias de su encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que los rodea. Vivir la vocación de ser protectores de la obra

de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana” (LS 217).

Tal como el anuncio del Reino de Dios, que germina y se despliega en la historia, la necesaria conversión ecológica integral se expresa en los pequeños gestos que a diario y desde una profunda conciencia ecológica se pueden realizar. Importan las grandes políticas, el rediseño del sistema político y económico, la reconfiguración de las relaciones rotas, claro que sí; como también, importan las sencillas acciones de cada persona en el cuidado y la relación con la naturaleza, con las hermanas y los hermanos, consigo mismo. Sin plantar el germen, será imposible pensar en una transformación efectiva y esperar frutos.

Las acciones sencillas como cuidar y controlar el consumo del agua, el ahorro en la energía y la generación y uso de otras fuentes de energía limpia alternativas (solar, eólica), la no contaminación visual o acústica, la sencillez y cierta austeridad en el consumo de bienes, estilos de vida, uso de la tecnología, entre varios otros,

pueden ayudar a hacer la diferencia, en el sentido que hay una relación directa entre la producción y el consumo que en determinados ámbitos resulta asfixiante y es lo que ocasiona el deterioro del planeta.

La responsabilidad es de todas y todos, seguro, no obstante la conciencia ecológica es un elemento que va de la mano con nuevas sensibilidades y conjunto de relaciones que son propias de las Nuevas Generaciones. No sin cierta dosis de ambigüedad en las últimas décadas la preocupación ecológica (parcial o integral) se ha desplegado en países del primer y tercer mundo. De algún modo, la preocupación ecológica está presente en diversos ámbitos y grupos a la vez que va de la mano de cuestionamientos al modelo económico imperante.

Las Nuevas Generaciones son herederas de lo que la humanidad ha desarrollado con fuerza en el último siglo y de algún modo son abanderadas en lo positivo y lo negativo de la crisis ecológica. Por un lado son mayores consumidores de tecnología y por otro despliegan campañas de cuidado y conservación del medio ambiente, cariño y cuidado hacia los

animales o el consumo de alimentos saludables. En otras palabras, se precisa que las Nuevas Generaciones asuman la conciencia de que algunos de sus comportamientos están reforzando la pervivencia de sistemas culturales, económicos y políticos que provocan la destrucción de la naturaleza para gran beneficio de unos cuantos y la miseria de muchos. Por otro lado, van desarrollando una sensibilidad muy atenta a las necesidades de la naturaleza y son capaces de comprometerse voluntariamente en campañas, organizaciones y grupos que apuestan por alternativas al deterioro y contaminación del medio ambiente, aunque el impacto global sea poco significativo.

Es impensable e imposible creer que el reto de la conversión ecológica corresponde a determinadas generaciones, es una responsabilidad de la humanidad en su conjunto, desde las posibilidades que cada una de las generaciones tiene. No obstante, lo que cada generación hereda a la otra es su responsabilidad, en lo bueno y lo malo, y debe poder ayudar a mejorar lo que daña la “Casa Común”.

Las Nuevas Generaciones en la Vida Religiosa (VR), tendrían que

convertirse en la conciencia permanente para otras generaciones y para el mundo en general, de la importancia de traducir nuestra fe en Dios Creador en formas prácticas de cuidado y protección del medio ambiente. Creer en Dios es creer en la bondad y belleza de todo lo creado y por lo tanto tener la obligación de cultivarlo y cuidarlo. Sin la lucidez de las Nuevas Generaciones en la VR para advertir el daño estructural, para caminar realizando acciones concretas de cambio y transformación de nuestro comportamiento y pensamiento anti ecológico, el futuro de las próximas generaciones de este siglo estará cerrado y sin posibilidades de retroceso o arreglo.

Un estilo de vida cercano a los pobres, marginados y explotados es fundamental a la hora de desarrollar esa conciencia ecológica y vivir desde la auténtica misericordia. Tocar, ver, oler así como acompañar, ayudar, sostener a las personas más pobres que sufren a causa de un sistema injusto es la clave real para la conversión integral. Sólo sintiendo el dolor que sufren millones de personas, a diario, a causa de la imposición de un modelo económico que privilegia el tener por encima del ser y que crea desigualdad abru-

madora, será posible una auténtica conversión. Nuevamente podemos decir, que los pobres nos evangelizan, pues, nos ponen en contacto directo con la realidad de sufrimiento y dolor del mundo entero. Sentir con los pobres del mundo, es el mejor camino para comprometerse por el cuidado integral de toda la creación.

Un futuro abierto en el horizonte

Hemos de desterrar de nuestra predicación del Evangelio el profetismo de calamidades que sólo ve lo malo y negativo de la realidad, así como, hemos de superar una visión ingenua y cómplice de ésta, como si nada pasase o todo estuviese justificado.

En ese sentido hemos de recuperar la profecía y la sabiduría en la VR para actuar con mayor compromiso aún. Las Nuevas Generaciones de la VR tienen como horizonte y destino generar las condiciones de posibilidad para un futuro abierto, desde su propia sensibilidad y comprensión de fe en la creación, no desde moldes impuestos o intereses de otras generaciones.

No basta con lamentos ni son suficientes las críticas, es urgente

la conversión y el cambio que hagan posibles un nuevo mundo. La fe en Dios nos exige el cuidado de la creación, pues él habita en ella.

Nuestra humanidad debe convertir la sensibilidad afectiva que siente con la naturaleza, con las/os otras/os mujeres y hombres, con nosotras/os mismas/os, en acciones efectivas que permitan un futuro esperanzador para millones de personas a quienes se les niega la posibilidad de un futuro a fuerza de imponer sistemas que pervierten las relaciones y condicionan la supervivencia de nuestro mundo.

La justicia y espiritualidad ecológicas también deben ser parte de nuestra consagración a Dios, a la humanidad y a la naturaleza. Los signos de nuestro compromiso deben reflejarse en los rostros de mujeres y hombres que ven un futuro abierto, en la vitalidad integral del medio ambiente que nos rodea y en las relaciones sanas y armoniosas con todo lo creado.

Tal como cantaba Mercedes Sosa... “quién dijo que todo está perdido, yo vengo a ofrecer mi corazón”.